

PROGRAMA DE INTEGRACION Y COOPERACION ECONOMICA ENTRE ARGENTINA Y BRASIL

L. de S.

El 29 de julio, los presidentes Alfonsín y Sarney de Argentina y Brasil respectivamente, firmaron los protocolos para establecer el Programa de Integración y Cooperación Económica entre los dos países. El acuerdo traducía en medidas concretas la "voluntad de crecer juntos" que los presidentes de estos grandes países habían expresado en repetidas ocasiones.

El presidente Sanguinetti de Uruguay, quien había asistido a la firma como testigo de privilegio y futuro signatario del programa, resumía el significado del acto afirmando que representaba "un cambio cualitativo de las relaciones en América Latina."

La cosa no es para menos. Este programa tiene vocación de ser el lanzamiento de una nueva integración latinoamericana que consiga lo que esfuerzos anteriores no consiguieron: cambiar la red de relaciones económicas internacionales en que se ven apesados los pueblos latinoamericanos. El momento es apropiado para intentarlo. Y no porque los países industrializados estén ahora más dispuestos a negociar con los países sub-desarrollados un nuevo orden económico internacional, sino porque están tratando desesperadamente de separarse y aislarse del tercer mundo. La caída generalizada de los precios de los productos primarios, orquestada para su propio beneficio por los países industrializados, sustituyendo productos naturales por otros

fabricados por ellos y sustituyendo a los productores tradicionales con políticas de apoyo a sus agricultura, es un intento de disminuir su dependencia y su vulnerabilidad con respecto a las políticas de precios intentadas sin éxito por los países subdesarrollados. El derrumbe de los precios del petróleo es el coronamiento de estos esfuerzos. Por otra parte, el creciente proteccionismo en el primer mundo es una manera de aislar y defender sus sectores industriales de la competencia de las exportaciones provenientes de los países nuevamente industrializados, que son el fruto de una estrategia de desarrollo ("desarrollo hacia afuera"), que ellos mismos aconsejaron y ayudaron a poner en marcha. Ahora, ante el éxito de algunos de estos países en penetrar competitivamente los mercados de los países industrializados, han recurrido con creciente intensidad y sofisticación (a través de "barreras no arancelarias" fundamentalmente) al proteccionismo discriminatorio contra las emergentes potencias industriales de los países en vías de desarrollo. Así podía hablar Peter Drucker en *Foreign Affairs* de la pasada primavera de un verdadero *uncloupled* (desen-ganche) de los países industrializados de los países productores de materias primas y manufacturas básicas.

Al aislamiento del comercio entre los dos mundos hay que añadir el aislamiento financiero. Aunque, a partir de la primera crisis del



petróleo los países industrializados quisieron enganchar a los subdesarrollados con lazos financieros a la vez que reducían los comerciales, la crisis de la deuda ha cortado prácticamente el flujo de capitales hacia los países en desarrollo. El capital fluye ahora en términos netos del tercer mundo al primero. Y todo parece indicar que esta será la situación durante muchos años, mientras no se de al problema de la deuda externa de América Latina una solución política global.

Ahora bien, así como el aislamiento que produjo la gran depresión de los años 30 fue ocasión para el comienzo de la industrialización en Brasil y Argentina, también ahora, y en mayor medida, el *uncloupled* puede servir para un nuevo florecer de la integración latinoamericana.

En sus tratos comerciales y financieros con los países industrializados, los países latinoamericanos, aún los más prósperos, han experimentado de una manera fehaciente los límites estructurales que los mercados de países industrializados ofrecen a un modelo continental de expansión hacia afuera.

América Latina tiene que volverse hacia adentro en un esfuerzo de integración económi-

ca, que, por una parte, corrija la multitud de errores cometidos en los proyectos integracionistas del pasado, y que construya, por otra, sobre las fundaciones que penosamente, quizá con un costo social desproporcionado, se han ido echando durante los años de la sustitución de importaciones, de comprar tecnología no adecuada y de proyectos que se quedaron a medias. La América Latina que trata de integrarse hoy no es la de la Alianza para el Progreso. Hoy Argentina y Brasil hablan de cooperación en materia nuclear, de construir conjuntamente un avión, el "Paraná," para sus respectivas fuerzas aéreas, de empresas binacionales para competir internacionalmente, del desarrollo complementario de más industrias de bienes de capital... El que no oiga la diferencia de los tonos con que se habla hoy de integración de cómo se hablaba ayer es sordo y ciego al avance gigantesco, que, a pesar de todo, se ha dado en América Latina. Hoy América Latina tiene no sólo un mercado potencial que crece sin cesar, sin satisfacer sus necesidades básicas y sus deseos de consumo abundante y diferenciado —una mera esperanza como hace 25 años—; tiene también un sustancial acopio de tecnología, de conocimientos científicos y empresariales, una mano de obra calificada, y empresarios modernos,

es decir, unas condiciones del lado de la oferta que garantizan la posibilidad objetiva de convertir el mercado latente de cientos de millones en un mercado efectivo capaz de garantizar una inusitada expansión del continente... con sólo que se lleve a cabo una integración efectiva, realista y políticamente orientada a las mayorías populares.

El Programa de Integración y Cooperación Económica está planteado con mucha cabeza. Comienza con los dos países que muestran mayor grado de desarrollo en el cono sur y están en una proximidad que permite convertir las rivalidades y disputas de vecinos en cooperación y complementación. Pero no sólo complementación; no se trata de especializar a Argentina en la producción de trigo y carne para Brasil, mientras este exporte a aquélla sus manufacturas, reproduciendo el esquema de integración de Argentina al imperio británico en el siglo XIX. Algunos argentinos se lo temen y algunos brasileños obviamente lo desean; pero hay dos protocolos en el acuerdo que desmienten este intento de subcolonismo suramericano. El que aspira al abastecimiento interno de alimentos en cada país, y el que insiste en la integración intra-sectorial (y no intersectorial como era el caso en otros tiempos), evitando expresamente la especialización de las economías en sectores específicos y tendiendo más bien a la consecución por medio de la cooperación a un grado básico de autarquía, o mejor autoabastecimiento, en las dos economías.

El programa, aunque comienza y se fundamenta en la cooperación e integración de solo dos países, se concibe como un proyecto abierto a otros países de América Latina. Aquí probablemente se quiere seguir el camino de la CEE, in-



tegrando sucesivamente a los países a medida que el desarrollo de sus instituciones económicas y políticas vayan madurando para la integración. El acuerdo de Buenos Aires contempla en un primer momento la adhesión de Uruguay, cuyo presidente fue invitado a la firma, aunque no se especifica el momento de su adhesión, sin embargo, queda así constancia de la esencial apertura con que se ha diseñado el proyecto.

El proyecto, naturalmente, no carece de dificultades. El peso económico de Brasil, sobre todo en la industria, no ha dejado de alarmar a los empresarios argentinos y a los sindicatos peronistas. Se han tomado, sin embargo, salvaguardias consistentes en la evaluación y revisión periódica de las listas de los productos exentos de impuestos entre los dos países, para que el proceso no beneficie desproporcionadamente a uno de ellos. El equilibrio en el reparto de beneficios es una cualidad de la integración que, como muestran pasadas experiencias, se necesita para impedir que alguna de las partes se desanime y emprenda un camino aislacionista. Habrá que ver si las salvaguardias mencionadas consiguen evitar que Brasil se convierta en un foco de atracción del capital y recursos de la región con detrimento de la integración. Ese es el peligro más grande que ahora se vislumbra.

Por otra parte no se trata de crear una nueva "zona de libre comercio" como pretendía en su día la ALADI, ni una "unión aduanera" como el pacto andino. El deseo expreso de una "armonización de políticas económicas" apunta más bien a la constitución de una verdadera comunidad económica que abarque mucho más que el comercio recíproco. Las medidas de orden financiero: un sistema más completo de compensación, los créditos mutuos y el fondo de inversiones, van también en la dirección de una integración más completa de acuerdo con la inspiración básica de aumentar la autosuficiencia de la zona y depender menos de los mercados de capitales de los países industrializados.

Sólo nos queda formular votos para que este nuevo proyecto de integración latinoamericana tenga éxito, cure las heridas del pasado y devuelva a los pueblos latinoamericanos su confianza en un proceso que el sentido común —amén de los análisis más elaborados— ya da como necesario. Precisamente porque el gobierno y la avaricia de los países ricos están dejando a los países latinoamericanos abandonados a su suerte, éstos

tienen el motivo y la oportunidad, mayores que nunca antes, de intentar la formación de una gran comunidad económica latinoamericana, formada por democracias sociales y modernas, dedicadas a la elevación de todos los hombres y mujeres del continente en base a su trabajo productivo y a los recursos con que les ha dotado la naturaleza.

El éxito de la integración económica en América del Sur sería especialmente necesaria

para que los centroamericanos recobremos la fe en un proceso de integración, que quizá no hicimos bien antes, pero que sigue siendo necesario para hacer posible el desarrollo económico imprescindible para establecer la democracia, la dignidad nacional y una paz estable en esta maltrada Centroamérica.

L. de S.

